

Se esponjaba al favor agradecida :  
Si llegaba con su hálito á mecerla  
Cobraba al recibirle doble vida,  
Y era en fin de su antojo tributaria  
La encantada y silvestre PASIONARIA.

¿ Cuándo ha nacido esa flor ?  
Dijo el conde á la condesa.  
¿ No has sido de esta sorpresa,  
Dijole ella, tú el autor ?

DON FELIX.

¡ No, á fe mia !

CLOTILDE.

Yo pensaba

Que tú la hubieras traído.

DON FELIX.

No por cierto, ahí ha nacido.

CLOTILDE.

Artificio la juzgaba,  
¿ Pues cómo en piedra tan dura  
Flor de tal delicadeza ?

DON FELIX.

¡ Extraña naturaleza !

CLOTILDE.

¡ Y mas extraña hermosura !  
¿ Mas la tormenta pasada  
Como de ahí no la arrancó ?

DON FELIX.

Antes creo que brotó  
Con ella fecundizada.

CLOTILDE.

¡ Raro portentoso !

DON FELIX.

Sí, á fe.

CLOTILDE.

¡ Y que olorosa y que bella !  
DON FELIX (*alargando la mano para cojerla*).  
Orna tu frente con ella.

CLOTILDE (*deteniéndole*).

No la cortes, no.

DON FELIX.

¿ Por qué ?

CLOTILDE.

Es que viva privilegio  
Que la quiero conceder,

Paréceme que ha de ser  
Arrancarla un sacrilegio.  
Pues ha venido á adornar  
Mi ventana flor tan bella  
Ha de mantenerse en ella  
Y en ella se ha de agostar.  
Sea un secreto su vida  
Velado á todo importuno,  
No quiero que por ninguno  
Pueda ser apetecida.

DON FELIX.

Sea, pues, como tú quieres.

CLOTILDE.

Secreto es mio, lo he dicho ;  
Ya sabes que en un capricho  
Se esclavizan las mujeres.

DON FELIX.

No quiera Dios, alma mia,  
Que ese capricho te estorbe.  
Quien corriera todo el orbe  
Por tu sola fantasia.  
Viva esa flor hechicera  
Cuanto asi pueda vivir ;  
Y..... ¡ ha de pesarla morir  
Siendo tú su jardinera !

Y así hablando los esposos  
Al viejo Fermin llamaron,  
Y ambos á dos afanosos  
Cuidados muy officiosos  
Por la flor le encomendaron.

Y viendo en el encinar  
Correr ya los ojeadores  
Para irlos luego á encontrar  
Se mandaron ensillar  
Sus dos caballos mejores.

IX.

Tres jornadas duró la cacería,  
Fecunda en reses y en azares varia,  
Y al volver la condesa al otro dia  
A visitar su linda Pasionaria  
Encontróla en la grieta todavía

Pura, olorosa, bella y solitaria,  
Mas frescos y brillantes sus matices,  
Mas á la piedra asidas sus raices.  
Las hojas de su verde enredadera  
Profusamente en su redor brotaban,  
Y muchas ya de la ventana fuera  
En sus ricas labores se enlazaban;  
Pero entre ellas la flor única era,  
Mas capullos en ellas no apuntaban  
Ni anunciaban sus galas exquisitas  
Próximo el tiempo de ceder marchitas.  
Y un dia se iba tras otro,  
Y mas fresca y mas lozana  
Abria cada mañana  
Su tienda de hojas la flor,  
Como amante cuidadosa  
Que con el alba despierta  
Y abre en silencio su puerta  
A la señal de su amor.  
La condesa, que hechizada  
Con su hermosa flor vivia,  
Pasábase todo el dia  
Contemplándola crecer;  
Y cada vez el ramaje  
De su libre enredadera  
Mas rico y sombrío era  
Mas lujurioso do quier.  
Por do en el muro encontraban  
O en la prolija moldura  
Sus tallos un hendidura  
Prendian una raiz,  
Y de ella brotando pródiga  
Rama fecunda y lozana  
Entoldaba la ventana  
Fresco y silvestre tapiz.  
A par que se iba cerrando  
Su enmarañado tejido,  
El tallo á la flor asido  
Iba creciendo á la par,  
Y del ameno follaje  
La flor colgada en el centro  
Del arco quedaba dentro  
Entre uno y otro pilar.  
Allí del sol y del viento  
Y del turbion guarecida

Se prolongaba la vida  
De la misteriosa flor;  
Y allí conforme pasando  
Iban los dias por ella  
Amanecia mas bella  
Y con hechizo mayor.  
Y allí gozar dulcemente  
Larga existencia esperaba,  
Pues ella misma plantaba  
Donde vivir un vergel;  
Y allí sin duda orgullosa  
A reinar sola venia,  
Pues ella se suspendia  
Su primoroso dosel.  
Ufanos de poseerla  
Los dos amantes esposos  
Guardábanla cuidadosos  
De todo extraño desman,  
Y á fe que no se pasaba  
Un dia en que veces ciento  
No entraran en su aposento  
De la flor con el afan.  
Para velarla á las aves  
De la ventana por fuera  
Tendieron una ligera  
Y sutilísima red,  
Y nadie entraba en su estancia  
Ni de noche ni de dia  
Pues solo á Fermin se hacia  
Tan señalada merced.  
Allí pasaban las horas  
Los condes enamorados  
Con su flor embelesados  
En sabrosa soledad;  
É ibanse mientras sus huéspedes  
Del castillo despidiendo  
Enojosa comprendiendo  
O inútil su sociedad.  
Así olvidados y ajenos  
De amistades é intereses,  
Iban pasando los meses  
En su castillo feudal,  
Sin ver que pronto vendria  
Lluvioso el invierno y crudo,  
Y de su pompa desnudo

Seria el campo un erial.  
Acostumbrados sus ojos  
A encontrar cada mañana  
Vejetando en su ventana  
Con nueva vida su flor,  
Tal vez identificóla  
Clotilde con su existencia,  
Divinizando en su esencia  
Su porvenir ó su amor.  
Tal vez simpático afecto  
Hacia la flor la arrastraba,  
Y un sér oculto adoraba  
En su capullo gentil,  
Y acaso algun amoroso  
Espíritu desterrado  
Creia en ella encerrado  
Con sencillez infantil.  
Le saludaba gozosa  
Cuando el capullo se abria  
Y al plegar le despedia  
Su nocturno pabellon,  
Como si en verdad pudiera  
El que aquella pasionaria  
Algun alma solitaria  
Recibir su estimacion.  
El inocente capricho  
Su amante esposo reia  
A su loca fantasia  
Crédito dando tal vez,  
Pues era el amor su vida,  
Y en el amor hay instantes  
En que vuelven los amantes  
Del niño á la candidez.  
Mas ya el abrasado agosto  
Tras julio ardiente pasaba,  
Y nunca se marchitaba  
Ni envejecia la flor.  
Plegaba todas las tardes  
Su capullo al caer el dia,  
Y siempre á abrirle volvia  
Con mas hechizo y primor.  
Nunca brotaron sus ramas  
Otros capullos, y nunca  
Ni la tormenta la trunca,  
Ni la arrebata el turbion,

Ni el crudo cierzo la hiela,  
Ni la consume el rocío,  
Y el invierno y el estío  
Benignos al par la son.

Señor, (á don Felix dijo  
El viejo Fermin un dia)  
A no ser vuestra diria  
Que hay hechizo en esa flor.  
—¡Hechizo, Fermin! ¿qué dices?  
—Cosa de encanto parece  
Porque ni mengua ni crece  
Ni muere nunca, señor.  
Mi señora la condesa  
Con ella está enloquecida,  
Como á vos mismo la cuida  
Y quiérela como á vos.  
No tiene empeño mas grave,  
Ni cosa que mas la importe,  
Y hacer á una flor la corte  
No es cosa que manda Dios.

Honores, fausto y nobleza  
Por ella habeis olvidado,  
Por ella habeis enojado  
A vuestros deudos tambien,  
Pues su amistad concibiendo  
Que os era enojo importuno  
Desfilaron uno á uno  
¡Y ojalá que pare en bien!  
—¿Qué quieres decir?

—Yo nada,

Mas mucho el vulgo murmura,  
Y dan por cosa segura  
Que á la nigromancia os dais;  
Que no sois francés recuerdan  
Y corren aunque en secreto  
Sospechas sobre el objeto  
Que en vuestro encierro llevais.

Dicen que habeis sometido  
Por medio de un sábio ó brujo  
De los astros al influjo  
El horóscopo del rey;  
Y si va por donde quema  
Del vulgo la vil malicia  
Me temo que la justicia

Nos encare con la ley.

Y en fin señor, yo que embustes  
No puedo sufrir en calma,  
Un dia me rompo el alma  
Con el mejor del país,  
Y con tres zaragozanos  
Que meta entre esos franceses  
Hay una de aragoneses  
Que se estremece París.

—¡Bah! buen Fermin, no desbarres  
Soñando con tus paisanos.  
—¿Y los tres zaragozanos  
Que os sirven?

—¿Y qué son tres?

—Como el mas imberbe de ellos  
En un callejon se aposte  
Ya sé yo que el gran Prevoste  
Con su ronda vuelve piés.

Fermin, replicó don Felix,  
Decididos y tenaces  
Ya sé yo que sois capaces  
De eso y mas los de Aragon;  
Mas si meteis algun dia  
Quimera con los paisanos  
Os mando cortar las manos  
Sin otra averiguacion.

Y esto escuchando á una seña  
De su señor, el camino  
De la escalera mohino  
Tomó y humilde Fermin.  
Quedóse á solas don Felix  
Con su flor y con su esposa,  
Y en su posicion dudosa  
Empezó á pensar al fin.

Extranjero y largo tiempo  
De la corte retraido,  
Y acaso el rey prevenido  
Estando ya contra él;  
Por bizarro y opulento,  
Con muchos enemistado;  
Y de muchos envidiado...  
Era algo ruin su papel.

Audaz por naturaleza,  
Por español altanero,  
Valiente y buen caballero

Sufriera un desaire mal:  
Y en su honor y antigua fama  
A mantenerse resuelto  
Hubiérasele devuelto  
Al mismo rey por igual.

Mas existia otra causa,  
Otra razon, otro objeto,  
Otro escondido secreto  
Que le impedia partir;  
Secretó, si, que hasta entonces  
Dentro de su alma escondido  
Habia tal vez vivido  
Sin dejarse percibir.

Aquella flor que gozando  
De una frescura infinita  
Jamás doblaba marchita  
Su primoroso boton;  
Aquella flor misteriosa  
Cuya inmediata presencia  
Tenia oculta influencia  
En su propio corazon.

Aquella flor cuya vista  
Era el placer de su esposa,  
De cuya esencia olorosa  
Gozaba con tanto afan,  
Vió el triste que allá en el fondo  
De su pecho enamorado  
Habia el poder cobrado  
De un dañoso talisman.

De aquella flor peregrina  
La hermosura le hechizaba,  
En su presencia gozaba  
Incomprensible placer,  
Y al percibir de su cáliz  
El mágico aroma apenas  
Sentia dentro sus venas  
La sangre inquieta correr.

De aquella flor á la vista  
Sentia que en su memoria  
Se renovaba una historia  
De mucho olvidada ya,  
Y en ella ardia un recuerdo  
Triste, eterno y solitario,  
Como luz que en un santuario  
Ardiendo perenne está.

Jamás entibiado habiase  
Con su esposa su cariño,  
Pero su historia de niño  
Jamás se le recordó,  
Hasta aquella horrible noche  
De repentina tormenta  
En que de su historia cuenta  
Clotilde le demandó.

Indiferente y tranquilo  
En la siguiente mañana  
Abrió él mismo su ventana,  
Mas la Pasionaria al ver  
Sintió por la vez primera  
Con amargo sentimiento  
Aquel fatal pensamiento  
En su mente aparecer.

Vago y sin fuerza hasta entonces  
Y allá en el alma escondido  
Recuerdo tal había sido  
Un imperceptible imán,  
De cuya robusta fuerza  
Jamás llegó á recelarse  
Hasta que quiso apartarse  
Del funesto talisman.

Él, de sí mismo con miedo  
Juzgólo aprension, capricho,  
Y él no se lo había dicho  
Ni aun á sí mismo jamás;  
Mas el buen zaragozano  
Fermin la ruda franqueza  
Corroboró la certeza  
De sus sospechas en mas.

Entonces con claros ojos  
La realidad contemplando  
Fué don Felix empezando  
La verdad á comprender:  
Por una parte alarmada  
La suspicacia francesa,  
Por otra víctima y presa  
De unos hechizos su sér.

De tantos ojos voraces  
Atentos á sorprenderle,  
Ocultarle y defenderle  
Fué cosa imposible al fin,  
Y de la flor el secreto

Por último divulgado  
Por do quier fué interpretado  
Con la malicia mas ruin.

Ya con amistad fingida  
Y con pretestos capciosos  
Llegaron varios curiosos  
El castillo á penetrar:  
Del español envidiado

En la mansion ó el semblante  
Buscando del nigromante  
Señales que denunciar.

Y algunos sábios fanáticos  
Con curiosidad sencilla  
Quisieron la maravilla  
De la Pasionaria ver,  
Mas enojado don Felix  
De su impertinente audacia  
Negóse con pertinacia

Su permiso á conceder.  
Arrastrólos sin embargo  
La fe de su ciencia vana  
Hasta acechar la ventana  
Donde existía la flor,  
Y viendo á los dos esposos  
En ella continuamente  
Tuvieron por evidente  
Un sér maleficiador.

Dieron al conde don Felix  
Por enemigo de Francia,  
Y adquirió tal importancia  
Esta opinion, que hasta el rey  
Llegó á recelar acaso  
De aquel hechizo el influjo  
Teniendo al supuesto brujo  
Vigilado por la ley.

Don Felix que idolatraba  
Con toda su alma á su esposa,  
Sintiendo otra poderosa  
Llama en su pecho brotar,  
Airado contra sí mismo,  
Loca tentacion juzgándola,  
Quiso de su alma arrancándola  
La fe de su amor salvar.

Y un día que ambos gozaban  
La bella flor contemplando

Conversacion entablado

Dijo don Felix así:

—¿No te parece, Clotilde,  
Que hay en esa Pasionaria  
Una mágia extraordinaria  
Que nos alucina?

CLOTILDE.

Sí,

Yo cerca de ella un deleite  
Tan soberano percibo  
Que me parece que vivo  
Donde ella vive, mejor.  
Nada con ella echo menos  
Y en su presencia me place  
Sentir Felix que renace  
Mas tierno por tí mi amor.

DON FELIX.

No es tal mi dicha, Clotilde:  
Yo siento una incertidumbre,  
Una extraña pesadumbre  
Al contemplarla no mas.  
Páreceme que á su vista  
Nuestro amor se disminuye,  
Y la ventura nos huye  
Para no volver jamás.

CLOTILDE.

Felix ¡tú pierdes el juicio!  
¿Qué puede en nuestra ventura  
Intervenir la hermosura  
De esa solitaria flor?

DON FELIX.

No acierto, Clotilde mia,  
Dè tal misterio el origen,  
Mas mil temores me afligen  
Y... destruirla es mejor.

CLOTILDE.

Eso nó; cuando la vimos  
La acoji bajo mi amparo  
Y quien la toque declaro  
Que atenta á darme un pesar,  
Aquí esa flor ha nacido  
Y es mi deleite, mi encanto;  
Y aquí Felix por lo tanto  
Cuanto pueda ha de durar.

DON FELIX.

Sea, y no quieran los cielos  
Que ese capricho te estorbe  
Quien corriera todo el orbe  
Para buscarte un placer.

CLOTILDE.

Ah, Felix mio, perdóname  
Si mi amor te la defiende.  
¿Mas en qué mi flor te ofende?  
¿Qué puede en tu mal tener?  
Mis ojos gozan mirándola  
Tan pura siempre y tan bella,  
Tengo mi capricho en ella  
Como mi amor tengo en tí,  
Tan poderoso es el mio  
Como es el otro constante.  
¿Piensas qué menos amante  
La flor ha de hacerme; di?

No; los gustos peligrosos  
De la necia corte olvido;  
Hélos ya sustituido  
Con su inocente primor,  
Y aquí en soledad tranquila  
En pura y campestre calma  
Mas no apetece mi alma  
Que su Felix y su flor.

Y así diciendo, en los brazos  
Cae Clotilde del conde;  
Y este el semblante la esconde  
Alterado de placer.

Y así su enojo ahuyentando  
Con dulcísimas caricias  
Tornaron á las delicias  
Del amor que les dá el sér.

Y uno tras otro así fueron  
Los bellos dias pasándose,  
Su dulce vida llevándose  
De soledad y de amor.  
Y al asomar por Oriente  
La Aurora cada mañana  
Fresca, olorosa y lozana  
Se abría siempre la flor.